

Unidad y diversidad cultural

«Nulla enim vitae pars neque publicis neque privatis neque forensibus neque domesticis in rebus, neque si tecum agas quid, neque si cum altero contrahas, vacare officio potest, in eoque et colendo sita vitae est honestas omnis et neglegendo turpitude»¹

Marco Tullio Cicerone – *De Officiis*, I, 2

La siguiente tesis, en su aparente simplicidad, expresa una inquietante observación así como, bien entendida, tiene proficuas consecuencias metodológicas, meta-históricas e incluso éticas:

(...) la historia (...) oscila, pues, entre dos tendencias contrapuestas: bien hacia un *poder absoluto*, fuertemente centralizado, bien hacia la *fragmentación en pequeños principados*. A la concentración de poder corresponden a las grandes épocas de la historia (...). Por el contrario, a la tendencia al desmoronamiento del poder, conduce a la fragmentación del país en pequeños reinos y de ahí a la anarquía y, a menudo, al hambre (...). El mismo fenómeno se reprodujo periódicamente (...). (Léveque 1987 (1991):61).²

¹ «Ninguna acción de nuestra vida, se trate de actos públicos o privados, forenses o domésticos, de relación con nosotros mismos o con otros, están exentos del deber; más aún en la observación o en la negligencia de esto, se basa toda la honorabilidad de nuestra vida» Cicerón; *Acerca de los deberes*, I, 2.

² Esta tesis, referida a las primeras civilizaciones humanas, retoma perspectivas similares, ya enunciadas anteriormente (entre 1950 y 1970 *circa*), en sendas obras historiográficas sobre la antigüedad oriental y clásica, por autores de la talla de E. Drioton, J. Vandier, E. Cassin, J. Bottéro, J. Vercoutter, L. Paretti, P. Brezzi, L. Petech, entre otros.

Esta constante dialéctica –sin solución de continuidad– entre unidad/diversidad, explicaría, en gran medida, los procesos históricos en la perspectiva axial de la larga duración. La definición de identidades grupales (nacionales), primero, por la conquista de un territorio requerido para su propia subsistencia y luego, por la expansión (bajo la forma de un nacionalismo triunfante) de un principio de verosimilitud y de un horizonte de expectativas de matriz simbólica y con vocación de perduración a lo largo de la historia. Su primera expresión es el mito y la épica. Esta tendencia se completa, mediante el desarrollo de un complejo sistema modelizante secundario (literatura, arte y ciencia) y alcanza, en ciertos casos exitosos, la forma de un *Imperium* universal y universalista (literalmente «católico»).

En su expansión toda nacionalidad y todo imperio encuentran un límite que a veces bajo la forma de «una demarcación natural» (el Rhin y el Danubio; el Canal de la Mancha; el desierto; los océanos, etc.) justifican la limitación físico-geográfica que no deja de ser también sígnica. Desde esta perspectiva, ser derrotado militarmente no es más que el epifenómeno de una derrota simbólica que es, antes que nada, el quiebre de un principio de pertinencia, de verosimilitud y de práctica pero que se mistifica con el concepto (naturalizado) de «decadencia» y que implica la disgregación (en caso de derrota y conquista) ante otra realidad «simbólica». Es decir, toda cultura en expansión, todo nacionalismo triunfante y todo imperio siempre se encuentra en su ampliarse –en su expansión– con otras culturas con las cuales se enfrentará especularmente (Lacan 1966, Eco 1985) y cuyo resultado será siempre incierto y nunca idéntico ni previsto.³

Este sería, entonces, el primer elemento distintivo, fundante, de una nacionalidad o, más aún, de definición de toda cultura: el encuentro con el otro, sea modelizado como su oponente bárbarico o como su prójimo complementario (aun cuando evangelizable).

El texto o incluso la «constelación textual» (Mancuso 2011) del relato opositivo del «adversario» se completa y complementa con otro ciclo normalmente tanto o más mistificado que el anterior, que es el del «(padre) fundador» o por lo menos el relato fundacional, devenido, con el correr de los años, en el relato de los aniversarios nacionales: centenarios, bicentenarios y otras efemérides.

Como explica detalladamente Fustel de Coulanges (1864) el acto fundacional era considerado en la antigüedad un evento sagrado y a partir del cual se

³ Cfr. Lotman 1996, 1998, 2000; Gramsci [1977]; Weinreich 1953; Prieto 1976; Said 1978, 1993; Tito Livio (1990-7); Polibio (2008); Cornelio Tácito Ca.98; Tucídides (1990/1992); Todorov 1982, 1991; Mignolo 2005a, 2005b; Fanon 1952; Mancuso 2007-8, 2009-10, 2011.

determinaban augurios, celebraciones patrias e, incluso, pecados originales⁴ o desdichas venideras.⁵

Ni el imperio antiguo, ni el feudo medieval, ni el Estado moderno fueron, nunca, homogéneos, ni cultural ni étnicamente. La homogeneidad racial fue un hipersigno cientificista que provocó inéditos extravíos. Pero sí se buscó siempre, bajo distintas formas y medios, la homogenización simbólica, especialmente religiosa y lingüística.

Si bien esta homogenización signica es generalmente impuesta por la hegemonía «desde arriba», hubo contextos en los cuales el proceso, especialmente en su etapa formativa, fue producto de una rica y profusa interacción entre las fracciones o grupos en contacto.

Un ejemplo arcaico y debidamente documentado e inferible de modo altamente probable, lo conforma el desarrollo de las lenguas indoeuropeas y de su complejo y rico panteón religioso, constante en el tiempo, como algunos pilares de su sistema lingüístico.⁶

Los pueblos de lengua indoeuropea compartían, además de un sistema lingüístico altamente homogéneo, un panteón de divinidades equivalentes y muy constante en el tiempo, tanto como ciertas especificidades fonéticas, morfológicas y, en general, semánticas.

La lengua y la religión, aun con sus variantes sincrónicas y diacrónicas, dieron a este grupo «étnico» (¡no racial!) y lingüístico una unidad simbólica sin precedentes y constante en el tiempo, proceso documentado sobradamente en distintos ámbitos y mediante variados testimonios y cuya matriz se mantuvo constante por siglos.

Esta matriz continente de una diversidad en una unidad dinámica pero constante fue un modelo casi natural de organización social especialmente en el ámbito cultural occidental;⁷ el eje de tal dinamismo en una unidad-dada se basaba, precisamente, en la perduración de un modelo semiótico dinámico (que neutralizaba exitosamente, las periódicas derivas entrópicas) centrándose

⁴ Cfr. et. *El pecado original de América* (Murena 1954).

⁵ Máximo ejemplo lo representa *La Eneida* en la cual Virgilio no sólo justifica la grandeza de Roma sino su destino y su maldición, desde la enemistad con Cartago (por las desdichas de la reina Dido a causa de la seducción ingrata de Eneas) hasta la *hýbrys* y la *anánke* de los «egregios hijos de Toya», el pueblo romano, su grandeza y su limitación congénita.

⁶ Baste rever la obra de Georges Dumézil (1971) para contrastar lo complejo, rico y completo de tal proceso.

⁷ Por «occidental» se entenderá en este contexto la sucesión de culturas mediterráneas (incluso del cercano Oriente) y europeas en general y sus prolongaciones en las Américas; es decir: el ámbito cultural paleo-mediterráneo (pre-indoeuropeo), cretense, griego, helenístico-alejandrino, romano, céltico, germánico, paleo cristiano, cristiano medieval, bizantino, eslavo, imperios coloniales post renacentistas (1492-1800 *circa*), Europa moderna y las naciones americanas emancipadas de las metrópolis europeas (1776-1898 *circa*).

en la unidad religiosa más o menos tolerante y, principalmente, en la unidad lingüística, mediante la imposición de una o al máximo dos lenguas oficiales hegemónicas y casi excluyentes en el ámbito legal, religioso y civilizatorio: el griego, el latín, el latín clásico, el latín eclesiástico, la koiné del latín universitario, el griego ortodoxo, el eslavo antiguo, etcétera. Estas lenguas áulicas, convivirán con las hablas vulgares (variantes dialectales del latín y del griego, lenguas neo romances, creolizaciones varias, lenguas aborígenes, etc.).

Sobre este modelo cultural es que se formaron y desarrollaron las naciones modernas, tanto en la Europa post-iluminista como en las repúblicas americanas independientes.

No obstante, el imperialismo industrialista y positivista del siglo XIX, guiado por la exacerbación y la racionalización tecnocrática del lucro, mezcló brutalmente las culturas y despedazó, rediseñando arbitrariamente los mapas de todos los continentes del planeta, las nacionalidades premodernas o modernas: naciones homogéneas lingüística y religiosamente fueron divididas y otras, simbólicamente heterogéneas, fueron unificadas por la lógica comercial u oportunista.

Las bases mismas del mundialismo produjeron una constante y a veces estéril reacción contra una oleada globalizadora que, a diferencia de lo ocurrido en el pasado, no buscaba como prioridad (salvo los casos en los que el lucro lo justificase) la unificación simbólica, que en esta oportunidad tenía más de achatamiento que de interacción signica creativa.

Las reacciones contra el creciente mundialismo, durante el siglo XX, se manifestaron bajo la forma de nacionalismos integristas, muchas veces crueles, retrógrados, esquemáticos, reduccionistas y reductivos. Nacionalismos misticantes de una identidad «pura» (generalmente inventada *a posteriori*), ya no en nombre del pasado cultural común y heterogéneo pero homogenizable (por humano y común), sino en nombre de nacionalismos extremistas, ya sea de corte cientificista (nazismo, primer fascismo «futurista»), religioso-integrista (falangismo ibérico, islamismo fundamentalista), en suma, todos ellos esencialistas, que no sólo se dieron en la vieja Europa sino en América (nacionalismo WASP, KKK, criollistas, caribeños), en África (frentes nacionales de liberación, grupos neo-panislámicos) y en Asia (japonés, chino, coreano, vietnamita). Nacionalismos que degeneraron rápidamente en genocidios (tribales), campos de exterminio (nazis, estalinistas, japoneses) o movimientos de intolerancia absoluta, que podían tomar la forma del utopismo revolucionario (bolcheviquismo, foquismo, guerrilla urbana) o de la defensa de los valores tradicionales (tradicionalismos, militarismos), siempre «por la liberación» de la humanidad. Y, por sobre todas las cosas, podían esgrimirse tanto en nombre de valores culturales de «derecha» como de «izquierda».

En la sociedad posmoderna se da una última y cruel paradoja: el «mundialismo» (el poder mundial de las finanzas, de las multinacionales, de los organismos supranacionales) busca desesperada y simultáneamente objetivos

contradictorios, casi esquizoides: por un lado, unificar la cultura mundial, anulando todo resabio de saludable diferencia en nombre de la «igualdad», no ya religiosa ni lingüística (simbólica) sino apoyada solamente en fríos valores abstractos («*sub specie iuris humani*») absolutos y puramente declarativos y no en principios religiosos (tradicionales) o humanistas (iluministas), generales pero sentidos, por encarnados moralmente y vividos, así como expresados en una estética particular, propia, única, histórica, irrepetible.

Por otro lado, a esta reducción simbólica (donde se pretende falsamente que la organización internacional, expresada en los organismos supranacionales, es neutral en materia idiosincrásica) se complementa en el falso reconocimiento de una diversidad «capilar», «externa», «coloreada», intrascendente que no es tal porque no puede no compartir los valores comunes que sustenta la reproducción social que se basa en el núcleo duro del sistema productivo:

- a) *finanzas internacionalizadas*, sin posible regulación ni control, sea por los recursos informáticos, sea porque no se acomodan a las directivas, ni siquiera ya, de los gobiernos de los países más poderosos;
- b) *materias primas al servicio irrestricto del mercado* y más allá de las fronteras nacionales de hecho virtualizadas o ignoradas⁸;
- c) *aplastamiento de la diversidad* simbólica profunda (religiosa, lingüística, vestuaria, incluso culinaria); y
- d) *abandono de los sujetos fracturados* (reducidos a «subjetividades» arbitrarias y por ello aparentemente «libérrimas») *a los vaivenes de flujos migratorios provocados* y basados en la necesidad cortoplacista de mano de obra *quasi esclava*⁹ o a los caprichos oportunistas de las corporaciones internacionales.

Estas «subjetividades» han perdido todo anclaje posible a las sociedades intermedias (familia, barrio, club, provincia, región, incluso nación) y este hecho es visto por la *doxa* progresista como una «conquista» y no como un retroceso a estadios pre-civilizatorios.

⁸ Por ejemplo, son muy comunes ya, en todo el mundo, explotaciones mineras en territorios limítrofes, zonas, *de facto*, «extraterritoriales».

⁹ Sin pensar en las consecuencias demográficas, a mediano o a largo plazo, de tales desplazamientos humanos masivos ni de de los conflictos larvados que inevitablemente producirá.

La religión¹⁰ se sustituye por supersticiones apocalípticas o sobre-naturalistas y no, como se pretende, por una «religión laica» o «ecuménica» de corte humanista. Las peculiaridades lingüísticas, totalmente perdidas, son reemplazadas por hablas empobrecidas, reducidas y contaminadas por un *creole* basado en la parodia del *slang* carcelario norteamericano difundido por televisión, especialmente en *realities* policiales. La educación, más allá de la ficción de las estadísticas o de los «objetivos pedagógicos alcanzados», sufre un retroceso y un deterioro irreversible que lleva décadas.¹¹

Así las cosas es que el mundialismo busca homogeneizar pero no puede, pues no comprende la complejidad del proceso subyacente. No puede homogeneizar pues esa homogenización la pretende en nombre de la diversidad irreductible, de las subjetividades absolutas, incomunicadas pero idénticas en su pobreza simbólica, en su desamparo y en su desesperación. El mundialismo produce efectos perversos, diametralmente opuestos a los pretendidos o a los declaradamente pretendidos. Posiblemente esos son los efectos buscados, la reducción de los sujetos a subjetividades fragmentadas, a «subjetividades pasivas» –como las llamara lúcidamente Lukács (1923)– incapaces de comprender la lógica mínima de los sucesos.

Este mundialismo «progresista» no solo no puede homogeneizar (*i.e.* «anular») lo que estima negativo y heterogéneo, sino que produce las más crudas, extremas y sanguinarias reacciones como respuesta a este proceso que podríamos llamar «post-imperialismo», *i.e.* un imperialismo de valores empobrecidos, centrados en el puro lucro, el hedonismo inmediato y en la tecnocracia eficientista e higienista que, paradójicamente confluye con una comparsa legitimante del progresismo populista, que trastoca la historia, en todo contexto y lugar, sin el más mínimo rigor historiográfico en pos de un relato utópico ya no del futuro sino del pasado, convenciendo, implícitamente, a la opinión pública postmoderna –apelando a un doble estándar– que no hay futuro posible fuera del presente, ya definido en esos términos, so pena de que, caso contrario y de no aceptarse dichas condiciones, se desencadene literalmente el fin de los tiempos: sea por el Armagedón financiero y/o ecológico, sea por la irreprimible superpoblación o incluso por supersticiones televisivas difundidas constante y redundantemente por canales «científicos y

¹⁰ La característica definitoria de la religión, según B. Croce, no es ni el rito, ni la magia, ni el carácter sobrenatural sino, precisamente, su ética general y específica; es decir el principio de hermandad (en la diversidad) del género humano y de solidaridad con el prójimo (1901, 1909). O, como lo explicara Kant, el principio por el cual el otro es siempre un fin y *nunca* un medio (1788).

¹¹ Recientemente el inmenso lingüista de prestigio internacional, Tullio De Mauro, explicó que actualmente, el analfabetismo de «retorno» o «por desuso» en las sociedades desarrolladas es de aproximadamente el 70%. Otras estadísticas indican, además, que el 71% de la población no comprende, acabadamente, con facilidad y en su totalidad, un texto de dificultad media («Non capiamo più la nostra lingua», *Corriere della Sera* (28-11-11: 1 & 19).

culturales» con sensacionalismo amarillista: el fin del mundo anunciado por los mayas, por Nostradamus o por alguna forma de cábala.

Entonces, en este contexto histórico, ¿cuál es el sentido de conmemorar, por ejemplo, el Bicentenario de la Argentina o los 150 años de la Unidad Italiana, o cualquier otra efeméride secular?

Obsta decir que la decisión de festejar una fecha determinada tiene un valor pragmático excluyente, *hic et nunc*. Esto es evidente. Más allá de que plantea la discusión en otro sentido, es también evidente que estos festejos tienen mucho no sólo de arbitrario e ideológico –que repetimos, es evidente– sino también de crepuscular.

Es decir, al conmemorar los 200 años del nacimiento de la República Argentina (que en rigor, tampoco es tal) se pretende afirmar que la Argentina nació, empezó, no con el descubrimiento de América, no con la primera fundación española en el actual territorio argentino, no con la fundación de las aldeas de Barco o de Buenos Aires, sino con el primer atisbo de declaración de la independencia de la metrópoli española. Esta elección de la fecha fundacional es también la valoración de una lectura del pasado que determina las prácticas presentes.¹²

Otro tanto podría decirse de la conmemoración de los 150 años de la Unidad Italiana, una nacionalidad que posee una indiscutida identidad cultural milenaria¹³ y que ejemplifica, óptimamente, la tesis inicial del presente ensayo, es decir *la dinámica entre la unidad y la diferencia*, entre la homogenización cultural y su idiosincrasia constante y permanente.¹⁴

Pero estos festejos, además de condicionar por sus valoraciones implícitas las prácticas ideológicas presentes, también tuvieron –y no podía ser de otra manera– un cierto aire crepuscular, tal vez no confesado pero no por ello menos verificable o sentido: es casi una fiesta de despedida de los Estados Nacionales, un expresar la nostalgia por esas entidades originadas en la

¹² Los nacionalistas argentinos, en sus distintas orientaciones, han discutido siempre, con suma agudeza, la fecha del «nacimiento de la nacionalidad». Para ellos la «nacionalidad argentina», el «etnocriollo», no nace con la Revolución de Mayo (1810) y ni siquiera con la Declaración de la Independencia (1816) (y mucho menos con la sanción de la Constitución Nacional en 1853) sino con la conquista, ocupación y colonización del actual territorio argentino y con los consecuentes procesos de creolización implicados y derivados de ello.

¹³ Italia era el nombre de la península en el Mediterráneo helénico; Italia era la comarca «más acá del Rubicón» en la Roma Republicana; Italia era el territorio ante-Alpes para Julio Cesar; Italia era el corazón fundante del Imperio para Augusto, pero además Italia era la propia nación, la «patria» para Dante y para Petrarca, preocupados, como Manzoni de dotarla de una lengua nacional, literaria y hablada, prestigiosa, policlasista y que deviniese en popular y de uso cotidiano, más allá de los dialectos. Es por ello que Umberto Eco definió recientemente a Italia, con precisión y no sin un dejo poético, como «*ante todo una lengua*» (2011: 18).

¹⁴ Es decir no sólo «un modelo de sistema semiótico dinámico» sino también un «modelo dinámico de sistema semiótico» (Lotman (1996) & (1998)).

Antigüedad y en el Medioevo, desarrolladas en la Modernidad y que ahora (pretendidamente) estarían tocando a su fin, aunque nadie se atreva a decirlo en voz alta pero sí a *desearlo fervientemente*.

El mundo soñado, por la economía del capitalismo tardío, por la ciencia ficción anglosajona, por las organizaciones internacionales, es una federación gris, regida por una burocracia dorada de tecnócratas, sin espacio posible para la vida privada en sus ciudades crudelísimas, sin particularismos y sin identidades nacionales, regionales o urbanas, por nocivas y tóxicas. Nada dicen, en cambio, de otros males –incluso de otros tóxicos (legales o ilegales)– o de la depredación absoluta e irracional de los recursos del planeta:

Describo lo que viene: el advenimiento del nihilismo. (...) los signos se hallan en todas partes, solo faltan los ojos para estos signos.¹⁵ 📖

¹⁵ Nietzsche F. (1992):66 [11 [119] noviembre 1887-marzo 1888 (362) «Para el prólogo»].

REFERENCIAS

- CROCE Benedetto
 1901 *Estetica como Ciencia della Espressione e Linguistica Generale*, Bari: Laterza & Figli.
 1909 *Filosofia della pratica. Economica ed etica*, Bari: Laterza & Figli.
 1917 *Teoria e storia della storiografia*, Bari: Laterza & Figli.
- DUMÉZIL Georges
 1968 *Mythe et Épopée. L'Idéologie des trois fonctions dans les épopées des peuples indo-européens*, Paris: Gallimard.
 1971 *Mythe et Épopée. Types épiques indo-européens : un héros, un sorcier, un roi*, Paris: Gallimard.
 1973 *Mythe et Épopée. Histoires romaines*, Paris: Gallimard.
- ECO Umberto
 1985 *Sugli specchi e altri saggi*, Milano: Bompiani.
 2011 «L'Italie, c'est avant tout une langue», *Le Monde Magazine*, Paris 18/03:18-21.
- FANON Frantz
 1952 *Peau noire, masques blancs*, Paris: Seuil (tr. esp.: *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid: Akal, 2009).
- FUSTEL DE COULANGES Numa Denys
 1864 *La cité antique: étude sur le culte, le droit, les institutions de la Grèce et de Rome*, Paris: Hachette.
- GRAMSCI Antonio
 [1977] *Letteratura e vita nazionale*, Roma: Riuniti.
- KANT Immanuel
 1788 *Kritik der praktischen Vernunft*, Riga: Johann Friedrich Hartknoch; (tr. esp.: *Crítica de la razón práctica*, México: FCE, 2005).
- LACAN Jacques
 1966 *Écrits*, Paris: Seuil.
- LÉVÊQUE Pierre
 1987 *Les Premières civilisations: Des despotismes orientaux à la cité grecque*, Paris: PUF; (tr. esp.: *Las primeras civilizaciones. 1, De los despotismos orientales a la ciudad griega*, Madrid: Akal, 1991).
- LOTMAN Iuri M.
 (1996) *La semiosfera. I. Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid: Cátedra.
 (1998) *La semiosfera. II. Semiósfera de la cultura del texto, de la conducta y del espacio*, Madrid: Cátedra.
 (2000) *La semiosfera. III Semiótica de las artes y de la cultura*, Madrid: Cátedra.
- LUKÁCS György
 1923 *Geschichte und Klassenbewußtsein Studien über marxistische Dialektik* Berlin: Der Malik Verlag; (tr. esp.: *Historia y conciencia de clase*, Madrid: Orbis, 1985, 2 V.).
- MANCUSO Hugo R.
 2007-8 «La teoría de la semiosfera aplicada al plexus de la cultura posmoderna», *AdVersuS* [en línea], diciembre-abril, V, 10-11, (citado noviembre 2011), disponible en: <<http://www.adversus.org/indice/nro10-11/articulos/02V1011.html>>
 2009-10 «Historicismo, culturalismo y relatividad signica. Arte y nación en el pensamiento moderno», *AdVersuS*, [en línea], diciembre-abril, VI-VII, 16-17, (citado noviembre 2011), disponible en: <<http://www.adversus.org/indice/nro16-17/articulos/02VIVII-1617.pdf>>
 2011 «Constelaciones textuales y responsivas entre anarquismo y nacionalismo del centenario a la posguerra», en MALLIMACI Fortunato y CUCCHETTI Humberto

(comps.) *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires: Gorla, pp. 63-85.

MIGNOLO Walter D.

2005a «La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas», *AdVersus*, II, 3, agosto (citado noviembre 2011), disponible en:

<<http://www.adversus.org/indice/nro3/articulos/articulomignolo.htm>>

2005b «La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales», *AdVersus*, II, 4, diciembre (citado noviembre 2011), disponible en:

<http://www.adversus.org/indice/nro4/articulos/articulo_mingolo.htm>

MURENA Héctor A.

1954 *El pecado original de América*, Buenos Aires: Sur.

NIETZSCHE Friedrich

(1992) *Fragmentos póstumos*, Bogotá: Norma.

PRIETO Luis

1976 *Pertinenza e pratica*, Milano: Feltrinelli.

SAID Edward

1978 *Orientalism*, New York: Pantheon Books.

1993 *Culture and Imperialism*, London: Vintage Books.

TODOROV Zvetan

1982 *La Conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, París: Seuil; (tr. esp.: *La conquista de América. La cuestión del otro*, México: Siglo XXI, 1987).

1991 *Face à l'extreme*, París: Seuil.

WEINREICH Uriel

1953 *Languages in Contact: Findings and Problems*. New York: Mouton; The Hague, 1963.

FUENTES CITADAS:

LIVIO Tito

(1990-7) *Historia de Roma desde su fundación. Obra completa*. Madrid: Gredos.

POLIBIO

(2008) *Historia de Roma* (Tr. José María Candau Morón), Madrid: Alianza.

TÁCITO Cornelio

[1900] *Germania* (Furneus H. Ed.), Oxford: Clarendon Press.

TUCÍDIDES

(1990/1992) *Historia de la Guerra del Peloponeso. Obra completa*. Madrid: Gredos